



PAZ Y BIEN  
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



## II Domingo de Pascua

I – V- 2011

### Textos:

Hech.: 2, 42-47.

I Ped.: 1, 3-9.

Jn.: 20, 19-31.

“...les mostró sus manos y su costado”.

El pasado domingo, dijimos que *con la resurrección Jesús ha marcado una etapa fundamental en la historia humana* porque ha dado origen a una segunda generación: aquella de la nueva familia de Dios, que es universal, esparcida por toda la tierra y que el Señor manda acrecentar.

La primera lectura nos trae el testimonio de la fe de los primeros cristianos, que se manifiesta en un estilo nuevo de vida, fruto de la transformación, de *la regeneración*, de los miembros de la primera comunidad cristiana; viven en unión fraterna y de la celebración de la Eucaristía.

Un signo distintivo de la fraternidad solidaria, es la alegría y la sencillez de corazón. Este testimonio nos recuerda que la resurrección de *Cristo es el faro* de la unidad espiritual y moral de la humanidad.

“La fiesta de Pascua es, por eso, no sólo la fiesta de Cristo resucitado y vivo; es también la fiesta de la humanidad llamada a participar en una nueva forma de vida, más santa, más perfecta, más elevada; una vida que tiene por principio la vida misma de Cristo” (Pablo VI. 14. IV. 1963).

Para nuestra cultura, que parece que ha perdido el sentido de la verdad, para sustituirlo por las opiniones cambiantes, inconsistentes que nos llevan a vivir sin empeño, vivir sin deberes. En este clima de anemia intelectual y pérdida del apetito por la verdad, “la resurrección del Señor se presenta en la cumbre de la razón humana, que busca, quiere ver y conocer la verdad” (Pablo VI).

Hermanos, Cristo resucitado es el principio de una verdad nueva, de una regeneración de la humanidad, de una resurrección de todas nuestras enfermedades personales y sociales.

Cristo es la verdad a la que nos adherimos por la fe que finalmente el apóstol Tomás manifestó después que Jesús, le mostró “las cicatrices de sus heridas que sanaron las heridas de su falta de fe” (San Gregorio Magno. *Hom.* 26, 7-9.).

Hermanos, *Cristo es el faro* que “ilumina no solamente el mundo exterior del hombre, ilumina también su mundo interior” (Pablo VI). Él nos ilumina en la desorientación de nuestro tiempo, “¡Cuánta compasión – dice Benedicto XVI – debe

sentir Cristo en nuestro tiempo por tanta grandilocuencias, tras las cuales se esconde en realidad una gran desorientación! ¿A dónde debemos ir? ¿Cuáles son los valores según los cuales debemos vivir? ¿Los valores con los que podemos educar a los jóvenes?” (L'Oss. Rom. N° 16, 17.IV.2011).

Hermanos, Cristo es la luz que disipa las tinieblas no solo del pecado sino del error y de la duda como en el caso de Tomás.

En los momentos difíciles, de desesperanza, de oscuridad con respecto a la verdad y al bien, los cristianos tenemos la suerte, la dicha de poder sacar de nuestra fe la luz sobre la concepción de la vida, de nuestro definitivo destino, y la energía para renovar la faz del mundo en la verdad y el bien, no debemos ceder a la desesperanza y al pesimismo, al cansancio, a la duda, a la discordia que trata de debilitar el esfuerzo por la paz, la concordia y la libertad (Cfr. Pablo VI en el L'Oss. Rom. N° 15, 1975), no debemos encerrarnos por miedo, como los apóstoles.

Hermanos, el Señor nos pide creer en Él, y alabó a los que creerán sin ver; pero debemos recordar que la fe es un don de Dios, que debemos cuidar y pedirle, incansablemente, que nos la aumente.

El Señor resucitado nos da Su Espíritu: “Reciban el Espíritu Santo”, y renueva su envío: “Yo también los envío a ustedes”, nos envía al mundo que tiene necesidad de luz, de sabiduría; tiene necesidad de fuerza moral, tiene necesidad de esperanzas no falaces, tiene necesidad de paz, de bienestar y unidad.

Pidamos al buen Dios que por la acción del Espíritu Santo, no solo reconozcamos a Cristo resucitado, también lo amemos y lo sigamos con fidelidad.

Amén

G. in D.